

te al mundo á que reconozca á Dios como señor suyo. Él mismo tiene con nosotros exigencias que nos obligan á emigrar, como Israel, de Egipto, aun cuando nuestro corazón permaneciese al pie de las vasijas llenas de carne. No obstante, considera él la deserción de sus filas como insulto imperdonable. Como Faraón, trata de impedirnos que le abandonemos. Y cuando ve que va de veras, moviliza contra nosotros todas sus fuerzas militares.

He ahí lo que forma el gran contraste que media entre el reino de Dios y el reino del mundo.

Los amantes del mundo búrlanse de eso. Pretenden que los cristianos son quienes han encontrado esa contradicción en su mente. Ó bien siéntense molestados cuando oyen hablar de eso. Parece que se atenta contra su honor. «¿Estaríamos tan profundamente corrompidos, que haya necesidad de huir de nosotros como si fuéramos leprosos?—dicen—¡Nada bueno, pues, hay en nosotros!»

Podemos decir con toda sinceridad ante Dios que no tenemos la misión ni el deseo de condenar á los servidores del mundo. El Hijo mismo de Dios vino al mundo, no para condenarle, sino para salvarle. ⁽¹⁾

Pero su venida para salvar lo que estaba perdido, es precisamente la más terrible confirmación de ese antiguo hecho práctico, á saber, que entre el reino que encontró él casi aniquilado y que él restableció en nuevo esplendor, y el reino del mundo, media abismo inmenso. «Vino al mundo y el mundo no le conoció; prefirió las tinieblas á la luz». ⁽²⁾

No es Él quien rechazó al mundo; el mundo es quien le rechazó de sí. Y como fué tratado Él, fuéronlo los suyos. Por eso les dijo: «Si el mundo os aborrece, sabed que antes me aborreció á mí». ⁽³⁾

Luego no es el sombrío espíritu del Cristianismo quien inventó esa oposición. Es todo lo contrario. Lo cierto es

(1) Ioan., III, 17; XII, 47.

(2) Ioan., I, 10; III, 19.

(3) Ioan., XV, 18.

que el mundo fué quien la introdujo, y quien sigue siempre manteniéndola viva. No es culpa nuestra, sino del mundo, si ese contraste es tal, que el espíritu de Dios tenga que decirnos: «¿No sabéis que el amor del mundo es odio contra Dios? Aquél, pues, que quiere ser amigo del mundo, hácese enemigo de Dios». ⁽¹⁾ Por odio al reino de Dios, al reino de la piedad, de la obediencia, fundó el mundo su propio reino, á saber «el reino de la concupiscencia de la carne, de la concupiscencia de los ojos y de la soberbia de la vida». ⁽²⁾ De ahí viene que haya al presente dos reinos opuestos, entre los cuales existe eterna lucha, y sin paz posible.

Ya Platón tuvo presentimiento de esa verdad fácil de comprender, ⁽³⁾ y dos mil años después de él, el epigramático alemán dice todavía:

«Aquél que quiere que Dios habite en su corazón, no debe permitir que el mundo entre en él; y aquél que quiere dar allí albergue al mundo, debe dejar á Dios fuera». ⁽⁴⁾

Desde los más lejanos tiempos, efectivamente, por doquiera que se intentó trabajar en la extensión del reino de Dios, aun cuando no fuera más que para desmontar el más pequeño rincón, al punto apareció el reino del mundo para ahogar esos esfuerzos en germen. Mas, cuando Jesucristo, rey del cielo, apareció Él mismo para establecer su dominación en la tierra, trabóse tan violenta lucha, que le costó la vida.

No obstante, los suyos resultaron victoriosos. Lo cual no impide que la lucha, siga ora más violenta, ora más reposada, unas veces franca, otras más velada, cuando en toda la línea, cuando respecto de puntos aislados. Y así persistirá con alternativas de éxito y de revés, hasta el fin de los tiempos, en que estallará de nuevo con inaudita violencia y llevará consigo definitiva solución.

(1) Jac., IV, 4.

(2) Ioan., II, 16.

(3) Plato, *Rep.*, 9, p. 592, a. b.

(4) Logau, *Sinngedichte* (Eitner), 447.

Dase, pues, reino contra reino, trono contra trono, bandera contra bandera, altar contra altar. A nadie esle permitido el permanecer neutro aquí. «Quien no está conmigo está contra mí». ⁽¹⁾ Tal es el grito de guerra que en ambos campos resuena. Nadie puede ser partidario interiormente del reino de Dios, y exteriormente del reino del mundo, alistarse en la Iglesia bajo la bandera del Cristo, y en la plaza pública bajo la de sus enemigos. Cada cual debe escoger; y esa elección lleva la separación que, á su vez, produce verdaderamente la lucha.

Sin lucha, una guerra emprendida por el honor jamás tendrá éxito honroso. ¿Qué decir, entonces, de una guerra universal, tan larga y tan importante como la de que hablamos? El mundo, efectivamente, entra en campaña contra quien tenga valor de abandonar su bandera, y de unirse al ejército de Dios. El instinto de conservación es quien á ello le obliga. En tanto vive uno en paz con él, permanece inofensivo, aun cuando ese uno no se halle de acuerdo en todo con sus principios. Hay en sus filas millares de personas que en manera alguna quieren cargar con la responsabilidad de sus planes y de sus hechos. Lisonjéanse hasta de hallarse cordialmente unidas á la causa de Dios, y viven en la extraña ilusión de que pueden impedir mucho mal y hacer mucho bien, con tal que no rompan toda relación con sus enemigos. El mundo déjalas obrar tranquilamente. Para nada cuídase de ellas. Pues, si creyese poder atribuir el valor de un solo hombre á todas esas personas tomadas en conjunto, entonces, ó bien les haría sentir su cólera, ó bien las espulsaría de sus filas como traidores. Mas no hace sino sonreirse de esas bravas gentes. Sabe que acrecen tan sólo las filas de los adversarios de Dios, y que sirven sus designios.

Su cólera es tanto mayor cuando alguno pasa francamente á las banderas de Dios. Sabe que ese esle superior, desde el momento en que se adhiere por entero á su servicio, y que mira con formalidad la piedad y la salvación

(1) Luc., XI, 23.

de su alma. Posible es que, aparentemente, ese soldado ocupe el último puesto en el reino de Dios, y que resulte empleado en el más oculto rincón. Mas apenas se ha dado á él sin reserva, cuando la influencia de su actividad hácese al punto sentir.

Por esa razón no podemos hacer cargos al mundo, si toma las armas contra ese tráfuga. Hasta debemos tener como señal de buen augurio, el que el furor del combate se vuelva contra nosotros. Pues, nadie sabe si es digno de amor ó de odio. ⁽¹⁾ Así, pues, dado nos es decir, para consuelo nuestro, que vamos por buen camino, cuando, con sus ataques, dícenos el mundo que nos reconoce como fieles servidores de Nuestro Señor, y que ve salir de nosotros una fuerza contraria á su espíritu.

9. El más difícil trabajo es el de la separación.— Nuestro honor, nuestro deber, nuestra conciencia, Dios y el mundo empújannos á la vez á que tomemos una decisión vigorosa. ¿Por qué vacilar?

Puesto que hace falta que la separación se haga, hágase pues. Que sea, pues, completa é irrevocable.

En suma, solamente el sacrificio de la separación merece que de ello se hable. Cuanto viene después es mucho más fácil, cuando ya la ruptura es cosa cumplida.

Eso ciertamente pide esfuerzo. Separarse de amigos con quienes hasta entonces se vivió; incurrir en la nota de frialdad y de ingratitud por parte de aquellos que os han colmado siempre con señales de atención; dejarse acusar de ceguera, de locura, de temeridad; resignarse á sufrir las injurias del orgullo herido, las tristezas del aislamiento y el desprecio de los que fueron nuestros compañeros, todo eso pide, no lo negamos, heroica determinación.

Hasta paréenos que, para un corazón bien nacido, es el mayor esfuerzo que le sea dado hacer. Ese sacrificio es, al parecer, imposible.

Ya la resolución está tomada; ya el momento señalado llegó, y queremos reflexionar todavía por última vez,

(1) Ecl., IX, 1.

ó por lo menos diferir la ejecución de nuestro proyecto.

¡Pero no! Ahora ó nunca. Necesario es hacer eso. Y si debe hacerse, preciso es que eso sea en tanto que todavía es posible.

Finalmente, hecho está. Las mayores dificultades están vencidas. ¡De qué peso se ve libre mi alma! Libre soy. Pertenecesco á Dios. He quemado mis naves. Ahora, necesito andar con Dios, aspirar á lo más elevado. Ahora, no puedo dispensarme de los esfuerzos necesarios para llegar á la santidad. Suceda lo que suceda, no encontraré obstáculos como el que he superado.

¡Oh! mundo, de quien al fin me he separado después de lucha desesperada, adios! ¡Sin embargo, no! No te digo adios, sino hasta la vista.

¡Oh! país mío, ¡oh! mi tiempo. Tomo á Dios por testigo, y os hago á vosotros mismos jueces de que no os aborrezco. Pero he tenido que obrar así. Pues no me era dado resistir á las ordenes de mi conciencia. Porque temía á mi propia debilidad, por eso he huído de vosotros. Espíritu siniestro ha bajado sobre vosotros. Y como tenía motivos justos para temer que tal espíritu fuera mi perdición, os he abandonado.

Pero esto no me impide el amaros, en mi nueva situación. Sí, el amor que os profeso aventaja al de vuestros propios hijos. El dolor que penetra mi alma es prueba de ello. Precisamente por amor á vosotros, de vosotros me he separado. Por vosotros también me he sacrificado. Y tal sacrificio persistirá hasta mi postrer suspiro. Gozaréis de sus frutos, por lo menos lo espero por la gracia de Dios, pues toda inclinación al bien no se halla extinguida en vosotros. La separación fué dolorosa. Pero está hecha. Cuando hayáis sacado provecho de ella, volveremos á vernos, y la amargura tornarése en gozo.

APÉNDICE

LA PENETRACIÓN DEL ESPÍRITU DEL MUNDO CAUSA DE NUESTRA DEBILIDAD

1. Triste situación de la época. La culpa es de los hombres y nuestra.—La presente situación es triste, y sombrío el porvenir. Como consecuencia, profundo malestar lo ha invadido todo. Únicamente dos clases de personas vense libres de ello.

La primera comprende á los partidarios inveterados del liberalismo. Cuando, desde las alturas del aislador de su ciencia y de su formación misteriosa, sienten que han perdido todo contacto con el mundo real, que lucha, sufre y trabaja, consuélanse entonces con el título honorífico de espíritus distinguidos.

La segunda está formada por las supuestas esferas elevadas de la sociedad, que viven siempre en un pasado más hermoso, y que no tienen mas que un cuidado: evitar las señales que pudieran hacerles notar el volcán sobre cuyo cráter danzan, juegan y duermen.

Mas, aparte de esas personas, nadie hay que no diga diariamente que el estado actual de cosas no puede sostenerse tal como es.

Cristianos y enemigos del Cristianismo, eclesiásticos y laicos, todo el mundo nota ese mismo sentimiento de malestar, todo el mundo se queja: el político, el filántropo, el comerciante, el educador, el autor, el predicador. Las diversas clases de descontentos no difieren sino en lo referente á la causa del mal, y á los medios de curarlo.

Echan unos la culpa al clero y al Cristianismo. En tan-